

dominio sobre su espíritu si la hubiera conocido. Ni á la sagaz *Agripina*, cuyas artes fueron fatales para ella y para el mundo, empleándose en promover á su hijo Neron al solio. Ni á la sábia *Amalásunta*, en quien fué ménos entender las lenguas de todas las naciones sujetas al imperio romano, que gobernar con tanto acierto el Estado, durante la menoridad de su hijo Atalarico.

Ni, dejando otras muchísimas y acercándonos á nuestros tiempos, se olvidará jamas *Isabela de Inglaterra*, mujer en cuya formacion concurrieron con igual influjo las tres gracias que las tres furias, y cuya soberana conducta sería siempre la admiracion de la Europa, si sus vicios no fueran tan parciales de sus máximas, que se hicieron imprescindibles; y su imágen política se presentará siempre á la posteridad, coloreada, manchada diré mejor, con la sangre de la inocente María Estuarda, reina de Escocia. Ni *Catalina de Médicis*, reina de Francia, cuya sagacidad en la negociacion de mantener en equilibrio los dos partidos encontrados de católicos y calvinistas, para precaver el precipicio de la corona, se pareció á la destreza de los volatines, que en alta y delicada cuerda, con el pronto artificioso manejo de los dos pesos opuestos, se aseguran de el despeño y deleitan á los circunstantes ostentando el riesgo y evitando el daño. No fuera inferior á alguna de las referidas nuestra católica *Isabela* en la administracion del gobierno, si hubiera sido reinante como fué reina. Con todo, no le faltaron ocasiones y acciones en que hizo resplandecer una prudencia consumada. Y áun Laurencio Beyerlink, en su elogio, dice que no se hizo cosa grande en su tiempo, en que ella no fuese la parte ó el todo: *Quid magni in regno, sine illa, imò nisi per illam ferè gestum est?* Por lo ménos el descubrimiento del Nuevo Mundo, que fué el suceso más glorioso de España en muchos siglos, es cierto que no se hubiera conseguido, si la magnanimidad de *Isabela* no hubiese vencido los temores y pezezas de Fernando.

En fin, lo que es más que todo, parece ser, aunque no estoy muy seguro del cómputo, que entre las reinas que mandaron largo tiempo como absolutas, las más se hallan en las historias celebradas como gobernadoras excelentes. Pero las pobres mujeres son tan infelices, que siempre se alegrarán contra tantos ejemplos ilustres, una Brunequilla, una Fredegunda, las dos Juanas de Nápoles y otras pocas; bien que á las dos primeras les sobró malicia, no les faltó sagacidad.

Ni es en el mundo tan universal, como se piensa, la persuasion de que en la cabeza de la mujer no asienta bien la corona; pues en Meroe, isla que forma el Nilo en la Etiopía, ó península, como quieren los modernos, reinaron, segun el testimonio de Plinio, mujeres por muchos siglos. El padre Cornelio à Lapide, tratando de la reina Sabá, que fué una de ellas, piensa que su imperio se extendió mucho fuera del ámbito de Meroe, y comprendió acaso toda la Etiopía; fundado en que Cristo, nuestro bien, llamó á aquella señora *Reina del Austro*, título que suena un vasto dominio hácia aquella plaga. Si bien que, como se puede ver en Tomas Cornelio, no falta autor que asegura ser la isla, ó península, de Meroe mayor que la Gran Bretaña; y así, no era muy corto el

estado de aquellas reinas, aunque no saliese del ámbito de Meroe. Aristóteles (1) dice, que entre los lacedemonios tenian gran parte en el gobierno político las mujeres. Esto era conforme á las leyes que les dejó Licurgo.

Tambien en Borneo, isla grande del mar de la India, reinan mujeres, segun la relacion de Mandelslo, que se halla en el segundo tomo de Oleario, sin gozar sus maridos otra prerogativa que ser sus mas calificados vasallos. En la isla *Fermosa*, situada en el mar meridional de la China, es tanta la satisfaccion que tienen de la prudente conducta de las mujeres aquellos idólatras, que á ellas únicamente está fiado el ministerio sacerdotal, con todo lo que pertenece á materias de religion, y en lo político gozan un poder en parte superior al de los senadores, como intérpretes de la voluntad de sus deidades.

Sin embargo, la práctica comun de las naciones es más conforme á la razon, como correspondiente al divino decreto notificado á nuestra primera madre en el paraíso, donde á ella, y á todas sus hijas en su nombre, se les intimó la sujecion á los hombres. Sólo se debe corregir la impaciencia con que muchas veces llevan los pueblos el gobierno mujeril, cuando, segun las leyes, se les debe obedecer; y aquella propasada estimacion de nuestro sexo, que tal vez ha preferido para el régimen un niño incapaz á una mujer hecha, en que excedieron tan ridículamente los antiguos persas, que en ocasion de quedar la viuda de uno de sus reyes en cinta, siendo avisados de sus magos que la concepcion era varonil, le coronaron á la reina el vientre y proclamaron por rey suyo el feto, dándole el nombre de *Sapor*, ántes de haber nacido.

§ VII.

Hasta aquí de la prudencia política, contentándonos con bien pocos ejemplos, y dejando muchos. De la prudencia económica es ocioso hablar, cuando todos los dias se están viendo casas muy bien gobernadas por las mujeres, y muy desgobernadas por los hombres.

Y pasando á la fortaleza, prenda que los hombres consideran como inseparable de su sexo, yo convendré en que el cielo los mejoró en esta parte en tercio y quinto; mas no en que se les haya dado como mayorazgo ó vínculo indivisible, exento de toda partida con el otro sexo.

No pasó siglo á quien no hayan ennoblecido mujeres valerosas. Y dejando los ejemplos de las heroínas de la Escritura y de las santas mártires de la ley de gracia (porque hazañas donde intervino especial auxilio soberano acreditan el poder divino, no la facultad natural del sexo), ocurren tantas mujeres de heroico valor y esforzada mano, que en tropel se presentan en el teatro de la memoria. Y tras de las *Semiramis*, las *Artemisas*, las *Tomiris*, las *Zenobias*, se parece una *Aretasfla*, esposa de Nicotrato, soberano de Cirene, en la Libia; en cuya incomparable generosidad se compitieron el amor más tierno de la patria, la mayor valentia del espíritu y la más sutil destreza del discurso; pues por librar su patria de la violenta tiranía de su marido, y vengar la muerte que este, por poseerla, habia ejecutado en su primer consorte, haciéndose caudillo de una conspiracion, despojó á

(1) Libro II, *Polit.*, capítulo VII.

Nicotrato del reino y la vida. Y habiendo sucedido Leandro, hermano de Nicotrato, en la corona y en la crueldad, tuvo valor y arte para echar tambien del mundo á este segundo tirano, coronando, en fin, sus ilustres acciones con apartar de sus sienas la corona, que, reconocidos á tantos beneficios, le ofrecieron los de Cirene. Una *Dripetina*, hija del gran Mitridates, compañera inseparable de su padre en tantos arriesgados proyectos, que en todos mostró aquella fuerza de alma y de cuerpo, que desde su infancia habia prometido la singularidad de nacer con dos órdenes de dientes; y despues de deshecho su padre por el gran Pompeyo, sitiada en un castillo por Manlio Prisco, siendo imposible la defensa, se quitó voluntariamente la vida, por no sufrir la ignominia de esclava. Una *Clelia*, romana, que, siendo prisionera de Porsena, rey de los etruscos, venciendo mil dificultades, se libró de la prision, y rompiendo con un caballo (otros dicen que con sus brazos propios) las ondas del Tiber, arribó felizmente á Roma. Una *Arria*, mujer de Cecina Peto, que, siendo comprendido su marido en la conspiracion de Camilo contra el emperador Claudio, y por este crimen condenado á muerte, resuelta á no sobrevivir á su esposo, despues de tentar en vano hacerse pedazos la cabeza contra una muralla, logró, introducida en la prision de Cecina, exhortarle á que se anticipase con sus manos la ejecucion del verdugo, metiéndose ella primero un puñal por el pecho. Una *Epponina*, que con la ocasion de haberse arrogado su marido Julio Sabino, en las Galias, el título de César, toleró con rara constancia indecibles trabajos; y siendo últimamente condenada á muerte por Vespasiano, generosamente le dijo que moria contenta, por no tener el disgusto de ver tan mal emperador colocado en el solio.

Y porque no se piense que estos siglos últimos en mujeres esforzadas son inferiores á los antiguos, ya se presentan armadas una *Poncella de Francia*, columna que sustentó en su mayor afliccion aquella vacilante monarquía; y si bien que encontrados en los dictámenes, como en las armas, ingleses y franceses, aquellos atribuyeron sus hazañas á pacto diabólico, y estos á mocion divina, acaso los ingleses fingieron lo primero por odio, y los franceses, que manejaban las cosas, idearon lo segundo por política; que impertaba mucho en aquel desmayo grande de pueblos y soldados, para levantar su ánimo abatido, persuadirles que el cielo se habia declarado por aliado suyo, introduciendo para este efecto al teatro de Marte una doncella magnánima y despierta, como instrumento proporcionado para un socorro milagroso. Una *Margarita de Dinamarca*, que en el siglo décimocuarto conquistó por su persona propia el reino de Suecia, haciendo prisionero al rey Alberto, y la llaman la segunda *Semiramis* los autores de aquel siglo. Una *Marulla*, natural de Lémnos, isla del archipiélago, que en el sitio de la fortaleza de Cochín, puesto por los turcos, viendo muerto á su padre, arrebató su espada y rodela, y convocando con su ejemplo toda la guarnicion, en cuya frente se puso, dió con tanto ardor sobre los enemigos, que no sólo rechazó el asalto, mas obligó al bajá Soliman á levantar el sitio; hazaña que premió el general Lorédano de Venecia, cuya era aquella plaza, dándole á escoger para marido cualquiera que ella quisiese de los más ilus-

tres capitanes de su ejército, y ofreciéndole dote competente en nombre de la república. Una *Blanca de Rossi*, mujer de Bautista Porta, capitan paduano, que despues de defender valerosamente, puesta sobre el muro, la plaza de Basano, en la Marca Trevisana, siendo luégo cogida la plaza por traicion, y preso y muerto su marido por el tirano Ecelino, no teniendo otro arbitrio para resistir los ímpetus brutales de este furioso, enamorado de su belleza, se arrojó por una ventana; pero despues de curada y convalecida, acaso contra su intencion, del golpe, padeciendo debajo de la opresion de aquel bárbaro el oprobrio de la fuerza, satisfizo la amargura de su dolor y la constancia de su fe conyugal, quitándose la vida en el mismo sepulcro de su marido, que para este efecto habia abierto (1). Una *Bonna*, paisana humilde de la Valtelina, á quien encontró en una marcha suya Pedro Brunoro, famoso capitan parmesano, en edad corta, guardando ovejas en el campo, y prendado de su intrépida viveza, la llevó consigo para cómplice de su incontinencia; pero ella se hizo tambien partícipe de su gloria, porque despues de fenecer la vida deshonesta con la santidad del matrimonio, no sólo como soldado particular peleó ferozmente en cuantos encuentros se ofrecieron, pero vino á ser tan inteligente en el arte militar, que algunas empresas se fiaron á su conducta, especialmente la conquista del castillo de Pavono, á favor de Francisco Esforcia, duque de Milan, contra venecianos, donde, en medio de hacer el oficio de caudillo, pereció en las primeras filas al asalto. Una *Maria Pita*, heroína gallega, que en el sitio puesto por los ingleses á la Coruña, el año de 1589, estando ya los enemigos alojados en la brecha y la guarnicion dispuesta á capitular, despues que, con ardiente, aunque vulgar facundia, exprobó á los nuestros su cobardía, arrancando espada y rodela de las manos de un soldado, y clamando que quien tuviese honra la siguiese, encendida en coraje, se arrojó á la brecha, de cuyo fuego marcial, saltando chispas á los corazones de los soldados y vecinos, que prendieron en la pólvora del honor, con tanto ímpetu cerraron todos sobre los enemigos, que con la muerte de mil y quinientos (entro ellos un hermano del general de tierra, Enrique Noris), los obligaron á levantar el sitio. Felipe II premió el valor de la Pita, dándole por los dias de su vida grado y sueldo de alférez vivo; y Felipe III perpetuó en sus descendientes el grado y sueldo de alférez reformado. Una *Maria de Estrada*, consorte de Pedro Sanchez Farfan, soldado de Hernan Cortés, digna de muy singular memoria por sus muchas y raras hazañas, que refiere el padre fray Juan de Torquemada en su primer tomo de la *Monarquía indiana*. Tratando de la luctuosa salida que hizo Cortés de Méjico, despues de muerto Motezuma, dice de ella lo siguiente: *Mostróse muy valerosa en este aprieto y conflicto Maria de Estrada, la cual, con una espada y una rodela en las manos, hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos con tanto coraje y ánimo, como si fuera uno de los más valientes hombres del mundo, olvidada de que era mujer, y revestida del valor que en caso semejante suelen tener los hom-*

(1) En las mujeres que se mataron á sí mismas, no se propone esta resolucion como ejemplo de virtud, sino como exceso vicioso de la fortaleza, que es lo que basta para el intento,

bres de valor y honra. Y fueron tantas las maravillas y cosas que hizo, que puso en espanto y asombro á cuantos la miraban. Refiriendo en el capítulo siguiente la batalla que se dió entre españoles y mejicanos en el valle de Otumpa (ó Otumba, como la llama don Antonio de Solís), repite la memoria de esta ilustre mujer con las palabras que se siguen: *En esta batalla, dice Diego Muñoz Camargo, en su Memorial de Tlaxcala, que María de Estrada peleó á caballo y con una lanza en la mano, tan varonilmente como si fuera uno de los más valientes hombres del ejército, y aventajándose á muchos.* No dice el autor de dónde era natural esta heroína, pero el apellido persuade que era asturiana. Una *Ana de Baux*, gallarda flamenca, natural de una aldea cerca de Lila, que sólo con el motivo de guardar su honor de los insultos militares en las guerras del último siglo, escondiendo su sexo con los hábitos del nuestro, se dió al ejercicio de la guerra, en que sirvió mucho tiempo y en muchos lances con gran valor, de modo que arribó á la tenencia de una compañía; y siendo, después de hecha prisionera por franceses, descubierto ya su sexo, el mariscal de Seneterre le ofreció una compañía en el servicio de Francia; lo que ella no admitió, por no militar contra su príncipe; y volviendo á su patria, se hizo religiosa.

El no haber nombrado hasta ahora las amazonas, siendo tan del intento, fué con el motivo de hablar de ellas separadamente. Algunos autores niegan su existencia, contra muchos más, que la afirman. Lo que podemos conceder es, que se ha mezclado en la historia de las amazonas mucho de fábula, como es, el que mataban todos los hijos varones; que vivían totalmente separadas del otro sexo, y sólo le buscaban para fecundarse una vez en el año. Y del mismo jaez serán sus encuentros con Hércules y Teseo, el socorro de la feroz Pentisilea á la afligida Troya, como acaso también la visita de su reina Talestris á Alejandro; pero no puede negarse sin temeridad, contra la fe de tantos escritores antiguos, que hubo un cuerpo formidable de mujeres belicosas en la Asia, á quienes se dió el nombre de amazonas.

Y en caso que también esto se niegue, por las amazonas que nos quitan en la Asia, para gloria de las mujeres parecerán amazonas en las otras tres partes del mundo, América, África y Europa. En la América las descubrieron los españoles, costeano armadas el mayor río del mundo, que es el Marañón, á quien por esto dieron el nombre que hoy conserva de *río de las Amazonas*. En la África las hay en una provincia del imperio del Monomotapa, y se dice que son los mejores soldados que tiene aquel príncipe en todas sus tierras, aunque no falta geógrafo que hace estado aparte del país que habitan estas mujeres guerreras.

En Europa, aunque no hay país donde las mujeres de intento profesasen la milicia, podríamos dar el nombre de amazonas á aquellas que en una ú otra ocasión con escuadron formado triunfaron de los enemigos de su patria. Tales fueron las francesas de Belovaco ó Beauvais, que siendo aquella ciudad sitiada por los borgoñones, el año de 1472, juntándose debajo de la conducta de *Juana Hacheta*, el día del asalto rechazaron vigorosamente los enemigos, habiendo precipitado su capitana

la Hacheta de la muralla al primero que arboló el estandarte sobre ella. En memoria de esta hazaña se hace aún hoy fiesta anual en aquella ciudad, gozando las mujeres el singular privilegio de ir en la procesion delante de los hombres. Tales fueron las habitadoras de las islas *Echinadas*, hoy llamadas *Cur-Solares*, célebres por la victoria de Lepanto, ganada en el mar de estas islas. El año antecedente á esta famosa batalla, habiendo atacado los turcos la principal de ellas, tal fué el terror del gobernador veneciano Antonio Balbo y de todos los habitantes, que tomaron de noche la fuga, quedando dentro las mujeres resueltas, á persuasión de un sacerdote llamado Antonio Rosoneo, á defender la plaza, como de hecho la defendieron con grande honor de su sexo y igual oprobrio del nuestro.

§ VIII.

Resta en esta memoria de mujeres magnánimas decir algo sobre un capítulo en que los hombres más acusan á las mujeres, y en que hallan más ocasionada su flaqueza, ó más defectuosa su constancia, que es la observancia del secreto. Caton el Censor no admitía en esta parte excepcion alguna, y condenaba por uno de los mayores errores del hombre fiar secreto á cualquiera mujer que fuese; pero á Caton le desmintió su propia tataranieta *Porcia*, hija de Caton el menor y mujer de Marco Bruto, la cual obligó á su marido á fiarle el gran secreto de la conjuración contra César, con la extraordinaria prueba que le dió de su valor y constancia, en la alta herida que voluntariamente, para este efecto, con un cuchillo se hizo en el muslo.

Plinio dice, en nombre de los magos, que el corazón de cierta ave aplicada al pecho de una mujer dormida, la hace revelar todos sus secretos. Lo mismo dice en otra parte de la lengua de cierta sabandija. No deben ser tan fáciles las mujeres en franquear el pecho, cuando la mágica anda buscando por los escondrijos de la naturaleza llaves con que abrires las puertas del corazón; pero nos reimos con el mismo Plinio de esas invenciones, y concedemos que hay poquísimas mujeres observantes del secreto. Mas á vueltas de esto, nos confesarán asimismo los políticos más expertos, que también son rarísimos los hombres á quienes se puedan fiar secretos de importancia. A la verdad, si no fueran rarísimas estas alhajas, no las estimáran tanto los príncipes, que apenas tienen otras tan apreciables entre sus más ricos muebles.

Ni les faltan á las mujeres ejemplos de invencible constancia en la custodia del secreto. Pitágoras, estando cercano á la muerte, entregó sus escritos todos, donde se contaban los más recónditos misterios de su filosofía, á la sábia *Damo*, hija suya, con orden de no publicarlos jamás, lo que ella tan puntualmente obedeció, que, aún viéndose reducida á suma pobreza, y pudiendo vender aquellos libros por gran suma de dinero, quiso más ser fiel á la confianza de su padre, que salir de las angustias de pobre.

La magnánima *Aretofila*, de quien ya se hizo mencion arriba, habiendo querido quitar la vida á su esposo Nicocrates con una bebida ponzoñosa, antes que lo in-

§ IX.

Llegamos ya al batidero mayor, que es la cuestion del entendimiento, en la cual yo confieso que, si no me vale la razon, no tengo mucho recurso á la autoridad; porque los autores que tocan esta materia (salvo uno ú otro muy raro) están tan á favor de la opinion del vulgo, que casi uniformes hablan del entendimiento de las mujeres con desprecio.

A la verdad, bien pudiera responderse á la autoridad de los más de esos libros, con el apólogo que á otro propósito trae el siciliano Carducio en sus diálogos sobre la pintura. Yendo de camino un hombre y un león, se les ofreció disputar quiénes eran más valientes, si los hombres, si los leones: cada uno daba la ventaja á su especie, hasta que llegando á una fuente de muy buena estructura, advirtió el hombre que en la coronacion estaba figurado en mármol un hombre haciendo pedazos á un león. Vuelto entónces á su competidor en tono de vencedor, como quien habia hallado contra él un argumento concluyente, le dijo: «Acabarás ya de desengañarte de que los hombres son más valientes que los leones, pues allí ves gemir oprimido y rendir la vida de un león debajo de los brazos de un hombre. — Bello argumento me traes, respondió sonriéndose el león. Esa estatua otro hombre la hizo; y así, no es mucho que la formase como le estaba bien á su especie. Yo te prometo, que si un león la hubiera hecho, él hubiera vuelto la tortilla, y plantado el león sobre el hombre, haciendo gigote de él para su plato.»

Al caso: hombres fueron los que escribieron esos libros, en que se condena por muy inferior el entendimiento de las mujeres. Si mujeres los hubieran escrito, nosotros quedaríamos debajo. Y no faltó alguna que lo hizo, pues *Lucrecia Marinella*, docta veneciana, entre otras obras que compuso, una fué un libro con este título: *Excelencia de las mujeres, cotejada con los defectos y vicios de los hombres*, donde todo el asunto fué probar la preferencia de su sexo al nuestro. El sabio jesuita Juan de Cartagena dice, que vió y leyó este libro con grande placer en Roma, y yo le vi también en la biblioteca Real de Madrid. Lo cierto es, que ni ellas ni nosotros podemos en este pleito ser jueces, porque somos partes; y así, se habia de fiar la sentencia á los ángeles, que, como no tienen sexo, son indiferentes.

Y lo primero, aquellos que ponen tan abajo el entendimiento de las mujeres, que casi le dejan en puro instinto, son indignos de admitirse á la disputa. Tales son los que asientan que á lo más que puede subir la capacidad de una mujer, es á gobernar un gallinero.

Tal aquel prelado, citado por don Francisco Manuel, en su *Carta y guia de casados*, que decía que la mujer que más sabe, sabe ordenar un arca de ropa blanca. Sean norabuena respetables por otros títulos los que profieren semejantes sentencias; no lo serán por estos dichos, pues la más benigna interpretacion que admiten es la de recibirse como hipérboles chistosos. Es notoriedad de hecho que hubo mujeres que supieron gobernar y ordenar comunidades religiosas, y aún mujeres que supieron gobernar y ordenar repúblicas enteras.

Estos discursos contra las mujeres son de hombres

tentase por medio de conjuración armada, fué sorprendida en el designio, y puesta en los tormentos para que declarase todo lo que restaba saber, estuvo tan lejos de embargarle la fuerza del dolor el dominio de su corazón y el uso de su discurso, que entre los rigores del suplicio, no sólo no declaró su intento, mas tuvo habilidad para persuadirle al tirano que la pocion preparada era un filtro amatorio, dispuesto á fin de encenderle más en su cariño. De hecho, esta ficcion ingeniosa tuvo eficacia de filtro, porque Nicocrates la amó despues mucho más, satisfecho de que quien solicitaba en él excesivos ardores, no podia ménos de quererle con grandes ansias.

En la conjuración movida por Aristogiton contra Hippias, tirano de Atenas, que empezó por la muerte de Hiparco, hermano de Hippias, fué puesta á la tortura una mujer cortesana sabidora de los cómplices, la cual, para desengañar prontamente al tirano de la imposibilidad de sacarla el secreto, se cortó con los dientes la lengua en su presencia.

En la conspiración de Pison contra Neron, habiendo, desde que aparecieron los primeros indicios, cedido á la fuerza de los tormentos los más ilustres hombres de Roma, donde Lucano descubrió por cómplice á su propia madre, otros á sus más íntimos amigos, solamente á *Epicharis*, mujer ordinaria y sabidora de todo, ni los azotes, ni el fuego, ni otros martirios, pudieron arrancar del pecho la menor noticia.

Y yo conocí alguna que, examinada en el potro sobre un delito atroz, que habian cometido sus amos, resistió las pruebas de aquel riguroso exámen, no por salvarse á sí, si sólo por salvar á sus dueños; pues á ella le habia tocado tan pequeña parte en la culpa, ya por ignorar la gravedad de ella, ya por ser mandada, ya por otras circunstancias, que no podia aplicársele pena que equivaliese, ni con mucho, al rigor de la tortura.

Pero de mujeres, á quienes no pudo exprimir el pecho la fuerza de los cordeles, son infinitos los ejemplares. Of decir á persona que habia asistido en semejantes actos, que siendo muchas las que confiesan al querer desnudarlas para la ejecucion, rarísima, despues de pasar este martirio de su pudor, se rinde á la violencia del cordel. ¡Grande excelencia verdaderamente del sexo, que las obligue más su pudor propio que toda la fuerza de un verdugo!

No dudo que parecerá á algunos algo lisonjero este paralelo que hago entre mujeres y hombres; pero yo reconviéndre á estos con que Séneca, cuyo estoicismo no se ahorró con nadie, y cuya severidad se puso bien lejos de toda sospecha de adulacion, hizo comparacion no ménos ventajosa á favor de las mujeres; pues las constituye absolutamente iguales con los hombres en todas las disposiciones ó facultades naturales apreciables. Tales son sus palabras: *Quis autem dicat naturam malignam mulieribus ingenio egisse, et virtutes illarum in arctum retraxisse? Par illis mihi crede, vigor, par ad honestam (liberam) facultas est. Laborem, doloremque ex æquo si consuevere patiuntur (1).*

(1) In *Consol. ad Marciam*.

superficiales. Ven que por lo comun no saben sino aquellos oficios caseros á que están destinadas, y de aquí infieren (aun sin saber que lo infieren de aquí, pues no hacen sobre ello algun acto reflejo) que no son capaces de otra cosa. El más corto lógico sabe que de la carencia del acto á la carencia de la potencia no vale la ilacion; y así, de que las mujeres no sepan más, no se infiere que no tengan talento para más.

Nadie sabe más que aquella facultad que estudia, sin que de aquí se pueda colegir, sino bárbaramente, que la habilidad no se extiende á más que la aplicacion. Si todos los hombres se dedicasen á la agricultura (como pretendia el insigne Tomas Moro en su *Utopia*), de modo que no supiesen otra cosa, ¿sería esto fundamento para discurrir que no son los hombres hábiles para otra cosa? Entre los drusos, pueblos de la Palestina, son las mu-

eres las únicas depositarias de las letras, pues casi todas saben leer y escribir; y en fin, lo poco ó mucho que hay de literatura en aquella gente, está archivado en los entendimientos de las mujeres, y oculto del todo á los hombres, los cuales sólo se dedican á la agricultura, á la guerra y á la negociacion. Si en todo el mundo hubiera la misma costumbre, tendrian sin duda las mujeres á los hombres por inhábiles para las letras, como hoy juzgan los hombres ser inhábiles las mujeres. Y como aquel juicio sería sin duda errado, lo es del mismo modo el que ahora se hace, pues procede sobre el mismo fundamento (*).

(*) Entre los dos extremos, de omitir el presente discurso en defensa de las mujeres, ó darlo integro, á pesar de su mucha extension de 160 párrafos, hemos preferido dar esta parte, la más principal de él. — V. de la F.

GUERRAS FILOSÓFICAS.

§ I.

Aquel gran mofador de los filósofos, Luciano, apenas los saca alguna vez al teatro de la disputa, en sus *Diálogos*, que no los represente pasando prontamente de las razones á las injurias. Poco nos doliera el gran abuso de substituir á los silogismos los dicerios, si se hubiera quedado en el siglo de Luciano; pero la lástima es que no se remedió el mal; antes cobró mayores fuerzas con el tiempo. Comparó Claudiano el espíritu de un hombre sabio á la cumbre de el Olimpo, que, superior á las nubes y á los vientos, nunca es inquietada de tempestades (1):

*Ut altus Olympi
Vertex, qui spatio ventos, hiemesque relinquit,
Perpetuum nulla temeratus nube serenum.*

Si esta es la señal de los sabios, fuera están de la clase tantos filósofos, cuyas contiendas más parecen borrascas que disputas; en cuyos escritos á cada paso se leen las acusaciones de ignorancia, de rudeza, á veces tambien de impiedad, en sus contrarios.

La falsa persuasion en que cada uno está de la verdad de su secta, tiene en gran parte la culpa de este abuso. Cada uno, dice un autor moderno, juzga sus conclusiones tan invenciblemente demostradas como los elementos de Euclides. De aquí es el furor é indignacion contra los que las impugnan: *Unusquisque illorum conclusiones suas æquè certò, ac firmiter, ac Euclidis elementa, jam demonstratas esse arbitratur, unde rancor, et indignatio, si quod contra delectum semel sistema afferatur* (2).

Con exceso hiperbólico encarece el mismo autor, en otra parte, las iras de los que disputan en las aulas pú-

(1) In Panegy. Manlii Theodoretii.

(2) Auctor Observ. Select. ad rem. literar. spectantium, tom. II, observ. 1.

blicas: *Veritas, quam querunt, triumphos vult agere; hoc ut fiat, alios vult vincere; inde clamores, rixæ, damnationes, ignes, gladii, et ipsæ furia infernales* (3). En nuestras escuelas católicas no notamos estas rabias: tal vez se escapa una ú otra palabra ofensiva; tal vez con el orgullo del que disputa, es lastimada algo la modestia; pero siempre se abomina, como monstruo de la aula, si en algun caso raro llega á aquellas extremidades la ira.

En los escritos es donde verdaderamente se ensangrientan los filósofos: dentro de su estudio cada uno trata á su contrario como quiere; da á la pluma toda la licencia que le dicta la pasión propia, ó porque se considera en un tribunal donde es juez único para la sentencia, ó porque le falta el freno, que hay en la disputa personal, de ver delante de sí quien acuse la inmodestia y quien repela la injuria; como si en las lides del entendimiento no fuera tambien desdoro de la generosidad dar por las espaldas la herida, ó aprovecharse de la ausencia del enemigo para la ofensa.

§ II.

Esta destemplanza estuvo más disimulada, ó más corregida, hasta que, despues de apoderarse Aristóteles de las escuelas, el empeño, ya de mantenerle en el trono, ya de derribarle, en unos y otros enfervorizó demasadamente los ánimos. La posesion pacífica, que por poco más de doscientos años (empezando á contar desde cerca de los fines del siglo decimotercero) obtuvo Aristóteles en el dominio de la república literaria, autorizó, á su parecer, bastantemente á sus sectarios para proceder, digámoslo así, á sangre y fuego contra los primeros que se opusieron á la doctrina de este filósofo. Tratábase como delito grave, dice el autor citado arriba, apartarse

(3) Tom. I, observ. 10, § 17.

de ella en cualquier punto: *Piaculum erat asserere quidquam, quod non antea asserisset Aristoteles* (1).

El primero y el que más experimentó el rigor de los aristotélicos fué Pedro de el Ramo, profesor parisiense, hombre de ingenio pronto, alegre y fértil, que en el colegio de Navarra tomó sobre sí el empeño de defender en conclusiones públicas las contradictorias de cuantas proposiciones aristotélicas le propusiesen los arguyentes. Pero la felicidad con que salió de tan ardua empresa fué funesta para él; porque, encendiéndose la emulacion de sus contrarios, le ocasionó varios reveses de fortuna, precipitándole, en fin, en el partido de los hugonotes, y murió con ellos en la célebre matanza de la noche de San Bartolomé, con tales circunstancias, que más pareció víctima del furor aristotélico, que del celo católico. Los discípulos de Carpentier y de otros profesores enemigos suyos, sacándole de una cueva donde se habia escondido, despues de darle muchas heridas, le arrojaron por una ventana, y no bastó, para saciar la ira de los matadores, ver que al golpe saltaron las entrañas de su cuerpo, sino que le arrastraron azotándole por las calles, donde quedó el cadáver dividido en varios trozos.

Pareció luego contra Aristóteles fray Tomas Campanela, dominicano, natural de la Calabria, no con mucha mejor fortuna, ó ya porque en aquel tiempo cualquiera que contradecía á Aristóteles se hacia sospechoso en la fe, como él mismo se queja amargamente en una carta escrita á Gasendo, ó ya porque la grande, pero mal reglada, viveza de su discurso, le hubiese arrebatado á proferir algunas proposiciones dignas de severo exámen, ó ya porque la odiosa intrepidez de su genio en la disputa hubiese incitado contra él muchos y poderosos enemigos. De hecho él fué preso por el santo tribunal de la Inquisicion, y detenido en la prision veinte y cinco años, hasta que de órden del papa Urbano VIII salió de ella. Son muchos los que le creen inocente. En realidad sus obras filosóficas, en dos tomos de á folio, corren, aunque no las pude ver mas que de paso. Sólo está prohibido por la Inquisicion de España un libro suyo, impreso en Francfort el año 1632. Posible es que no sea suyo, aunque tenga su nombre, ó que los herejes hayan introducido en él alguna venenosa doctrina. Su sentencia filosófica singularísima fué conceder sentido y percepcion á las plantas (2).

Este autor nos trae á la memoria un ejemplo célebre de la suma reverencia que tenían algunos aristotélicos de aquel tiempo á su maestro, y de la ira y desprecio con que trataban á los que se desviaban de su escuela. Haciendo mencion Guillelmo Duval, médico de la facultad de Paris, de la sentencia dicha, que atribuye

(1) Tom. III, observ. 14.

(2) En el *Suplemento de Moreri*, impreso el año de 1735, se lee que Campanela estuvo encarcelado veinte y siete años; mas no en la Inquisicion ni por la Inquisicion. Tengo ahora sus *Obras filosóficas* en dos tomos gruesos en folio, y en las dedicatorias de uno y otro, hablando de su prision, sólo se queja de el ministerio de España, aunque dando á entender que sus émulos engañaron al ministerio. Así dice en la de el primero: *Siquidem postquam me decepta crucifixit Hispania, non digna referens iis, que pro illa scripsi. Hæc esto relacion á un escrito que sacó á luz á favor de el derecho de el rey de España á las tierras de el Nuevo Mundo. Y er la*

instinto y sentimiento á las plantas, prurimpe contra Campanela en estas furiosas palabras, que traduzco fielmente del idioma frances, como las cita el abad de Vallemont (3): «Estos son los mismos dogmas de los maniqueos, que ha querido loca y temerariamente renovar no sé qué nuevo filosofastro desvergonzado, calumniador del grande Aristóteles y enemigo jurado del peripatetismo, fray Tomas Campanela, dominicano. Este es el vil y despreciable Marsias, este el pigmeo, el Faeton, el buho, el murciélago, el hablador despropósito, que se levanta contra el sapientísimo Aristóteles; esto es, contra el Apolo, el Hércules, el Edipo, el sol, el príncipe soberano de la filosofía.»

La invectiva está graciosa cuanto cabe. El error de los maniqueos no fué sólo decir que las plantas tienen alma sensitiva, como decia Campanela, ni aun sólo alma racional, mas tambien divina; y así, llamaban á las plantas miembros de Dios. Es verdad, que algunos autores atribuyen á los maniqueos la sentencia de Campanela; pero san Agustin, que supo mejor que todos, los errores del maniqueismo, los explica en el sentido dicho (4); y así, no tiene que ver la sentencia de Campanela con el error de los maniqueos. Mas suponiendo, como quiere el médico Duval, que Campanela hubiese caido en el delirio de aquellos herejes, ¿no es cosa admirable que se enfurezca con él, no tanto por oponerse al sentir de la Iglesia y al dictámen del Espiritu Santo, cuanto por contradecir á la doctrina de Aristóteles? Tanto puede en algunos autores la ciega pasión por la escuela que siguen.

Pero cuando tronó con más fuerza la cólera de los aristotélicos fué al verse atacados por los tres partidos de cartesianos, gasendistas y maignanistas. Sobre Descartes, así como halló más sectarios su sistema, cayó tambien la mayor parte del nublado. Son innumerables los escritos donde se ve tratado de loco, temerario, delirante, hereje y aun ateista. Ni faltó para Gasendo y Maignan su pedazo de tempestad. El doctísimo maestro Palanco, en la obra que escribió sobre esta materia, comprendiendo á todos tres jefes, juntamente con sus secuaces, debajo del nombre genérico de atomistas, los trata muchas veces de gente ruda, de corta capacidad y grueso modo de entender. Y á fe que no tiene razon.

Yo estoy bien hallado con las formas aristotélicas, y á ninguno de los que las impugnan sigo. Pero tratar de rudos á Descartes, Gasendo y Maignan, es hacerles una gravísima injusticia. Gasendo fué dotado de nobilísimo y clarísimo entendimiento. Apenas hay hombre sabio que no le colme de altísimos elogios. Leon Alacio grádua de admirables sus escritos. El docto jesuita Renato Rapin dice que nadie puede alabar bastantemente á Ga-

de el segundo: *Siquidem cum apud ingratos Dominos in ergastulis degerem, Deus, cujus nutu omnia fiunt atque ordiantur, me tanto tempore teneri voluit, quantum sufficeret ad scientiarum omnium instaurationem, quam præconceperam, Deo duce; nec tamen in vulgari prosperitate, aut extra solitudinem, perficere potuissem. De este pasaje se infiere claramente, que sus escritos filosóficos no causaron su prision, pues dentro de ella los compuso. Así corregimos lo que en cuanto á esta parte hemos dicho de Campanela, guiados por el *Diccionario de Moreri*.*

(3) *Curiosités de la Nature, et de l'Art*, tom. I, fol. mihí 58.

(4) *De moribus Manichæ*, lib. II, et in psalm. 140, et alibi.